

EL REINO DE LA MUERTE

EL CEMENTERIO.

I
De somnolientos pines circundado
austero y dominante se levanta.

II
De graníticas piedras construída
y efímeras emblemáticas ornada:

III
Humilde, pobre y olvidada fosa,
resplandeciente postro de la vida.

IV
Altivos y severos panteones
que guardáis un recuerdo á la memoria.

V
Mortal que pasas las ligeras horas
del eterno vivir siempre luchando.

VI
No ves, mortal, que el ansia que atoraxas
siempre la vida en mejorar pensando.

VII
Deja, mortal, tus vanas fantasías
de la vida ideal tanto soñada.

VIII
Es viva, es intensamente melancólica
la poesía de los recuerdos.

IX
La época en que el calendario señala
el aniversario de los muertos.

X
Yo, humilde hijo del Septentrion,
me creo transportado por arte de mi

XI
El equinocio que renueva durante
la noche sus silbidos parece confundirse

XII
Las sombras de la noche borran los
panteones de mármol y las tumbas

XIII
Y salgo pensando en aquel manojito
de escasas flores colocadas en la vieja

XIV
Mientras mi alma dolorida advierte,
que solo sólo tributo de los vivos

XV
Mortal que pasas las ligeras horas
del eterno vivir siempre luchando.

XVI
No ves, mortal, que el ansia que atoraxas
siempre la vida en mejorar pensando.

XVII
Deja, mortal, tus vanas fantasías
de la vida ideal tanto soñada.

XVIII
Es viva, es intensamente melancólica
la poesía de los recuerdos.

XIX
La época en que el calendario señala
el aniversario de los muertos.

XX
Yo, humilde hijo del Septentrion,
me creo transportado por arte de mi

XXI
El equinocio que renueva durante
la noche sus silbidos parece confundirse

XXII
Las sombras de la noche borran los
panteones de mármol y las tumbas

XXIII
Y salgo pensando en aquel manojito
de escasas flores colocadas en la vieja

XXIV
Mientras mi alma dolorida advierte,
que solo sólo tributo de los vivos

XXV
Mortal que pasas las ligeras horas
del eterno vivir siempre luchando.

fantástica la fúnebre silueta de algún
difunto querido?
El sol declina entre nubes de púrpura
y arañío. Sus rayos oblicuos

Todas las filosofías humanas se desvanecen
ante esta terrible realidad: la Iglesia
nos confunde con su famoso

¡Es la gente que acudió al cementerio
á depositar en las tumbas de sus
deudos la sencilla é inestimable ofrenda

LA MUJER EN LA EDAD MEDIA.
Mrs. Putnam viene publicando en
un periódico inglés una serie de artículos
muy interesantes.

El publicado últimamente tiene
por título "La Castellana" y encie-

estaba desarrollado en alto grado.
Cazaba, pescaba, montaba á caballo
con destreza consumada y le gustaba

Bajo el sistema feudal el tributo se
pagaba al rey en hombres de guerra,
y cuando el esposo moría la viuda

Bajo el Código de Justiniano los
hijos y las hijas participaban de la
herencia de la hacienda de su padre,

En vez de mostrarse como un resto
atrofiado de una clase suprimida,
presto á gobernar nominalmente,

Por lo general la castellana estaba
mejor educada que el esposo. Todo el
trabajo casero le era familiar, y era

Todos los libros que se leían ó recitaban
ante el señor del castillo los oía
también la señora. Su valor físico

Doctor GALVEZ GUILLEM
IMPOTENCIA.—PERDIDAS SEMINALES.—ESTERILIDAD.—VERNERO.—SIFILIS Y HERNIAS O QUEBRADURAS.

Consultas de 11 á 1 y de 4 á 5
49 HABANA 49.

2546 1-Oct

CAMALEON QUE SE DUERME

ULTIMO LOTE QUE SE DETALLA

LOS RESTOS DE LA LIQUIDACION DE

"VERSAILLES"

OBISPO NUMERO 84, ANTE ESQUINA A VILLEGAS

Cuadros á \$3

Paravanes á \$3

Lámparas á \$3

Columnas á \$1-50

Macetas, Figuras, Reverberos y otros objetos, todo se realiza de

-- VERDAD --

En la presente semana para dar entrada al nuevo surtido
que está en la Aduana

Hierro y Compañía

c. 3017

5-31

PARA JOYAS Y RELOJES DE TODA GARANTIA E. MASSON RICLA Y OFICIOS

FOLLETTIN 107

HENRY DEMESSE
LAS TRES DUQUESAS
(Version Castellana.)
POR ANDREA LEON
TOMO II

(Esta novela, publicada por la casa editorial de Garnier y Hermanos, de París, se encuentra de venta en la casa de Wilson, Obispo 52.)

(Continúa.)

—Gracias, caballero. Quisiera conducir á menudo clientes tan amables como vos. Hasta otra vez.
El señor Cardinet se encaminó por el muelle, mientras el cochero, dando la vuelta al carruaje, arreaba su caballo y escapaba en dirección á París.
Fabricio esperó á que el anciano estuviese á diez pasos de la cancela de su jardín.
Entonces caminó detrás de él precipitadamente.
Aquel ruido atrajo la atención del señor Cardinet, que más sorprendido que asustado se volvió.
La noche estaba oscura, y no distinguí sino una silueta negra.

Sin darse cuenta del peligro que corría, dijo con voz fuerte:
—¿Quién va?
Fabricio se dirigió á él sin contestar.
El señor Cardinet, con la mayor sangre fría, no se amedrentó, creyendo tenerse las que haber con un borracho.
—¿Seguid vuestro camino! dijo sin embargo, con alguna inquietud.
Fabricio, con mano fuerte, le agarró por el cuello.
El anciano era robusto todavía y luchó con energía.
Con el movimiento que hizo para defenderse, cayó el sombrero de Fabricio, dejando á descubierto su rostro.
El anciano arrojó un grito.
—¿Fabricio Millot!... ¡Ah! comprendo... ¡El duque quiere hacermee asesinar!... ¡Miserable!
El joven le hizo caer de rodillas.
—¡Acabemos! dijo con voz terrible.
—¡Socorro!... ¡al asesino! gritó el señor Cardinet. ¡Socorro! ¡José! ¡Auxilio!
Pero Fabricio había levantado el brazo, dejándolo luego caer sobre el pecho del anciano. La hoja desapareció por completo en el corazón.

El señor Cordinet cayó.
No había lanzado ni un grito.
Fabricio retiró de la herida su ensangrentada arma.
Luego se inclinó sobre el cuerpo, que yacía en el suelo, y esperó.
Así permaneció algunos minutos junto á su víctima.
Por fin se incorporó.
—¡Está bien muerto!
Corrió luego al Sena y arrojó su arma al río, todo lo más lejos que pudo.
Volvió, y pasando de nuevo junto al cadáver, le examinó.
El anciano no se había movido. Estaba, como había dicho Fabricio, bien muerto.
Entonces el asesino se dirigió á toda prisa hacia la avenida de Neuilly, que bajó en menos de cinco minutos. Creía oír que caminaban detrás de él. Le parecía que iba á sentir posarse una mano sobre su hombro y veía pasar junto á él seres que le hacían muecas y le señalaban con el dedo.
Pasó la barrera maquinalmente, recorrió todas las calles por donde antes había pasado, y se halló, por fin, á las doce de la noche, ante la casita de las Ternes.
Abrió la puerta de la cancela con una llave que llevaba en el bolsillo.

Atravesó el jardín, subió á su cuarto sin hacer ruido, se desnudó y se acostó.
Ebrio, loco, inconsciente, sin ideas, reducido al estado de bruto y horriblemente cansado, se durmió pesadamente, con ese sueño de los borrachos, sueño de plomo que ningún ruido despierta.
IX (Continúa.)
—Tened á bien avisar al señor duque de Bucy-Lornáns que deseo hablarle inmediatamente.
—¿El señor tendrá la bondad de decirme su nombre? preguntó el criado.
El desconocido alargó una tarjeta al lacayo.
—Ahí tenéis mi tarjeta, dijo.
—Voy á avisar al señor duque.
El visitante se sentó en el vestíbulo.
Era un hombre de cincuenta años, cuya fisonomía severa estaba iluminada por dos grandes ojos negros, profundos y brillantes.
Acompañábale un joven de treinta años, que le demostraba al parecer consideraciones.
—El señor duque está dispuesto á recibirnos, caballeros, dijo el criado

resapreciando. ¿Tiene la bondad el señor de seguirme?
El visitante, seguido de su compañero, caminó detrás del lacayo.
Un instante después, los dos hombres entraron en el despacho del duque, que estaba leyendo un periódico.
El duque, al verlos entrar, se levantó y los invitó á que se sentaran.
El señor de Bucy-Lornáns estaba muy pálido, pero su rostro permaneció impassible.
—¿Sois el señor Enrique Mimerac? dijo. Realmente, caballero, no os hubiese conocido. Es verdad que no he tenido el honor de veros desde hace más de veinte años.
—En efecto, dijo Enrique, he cambiado mucho.
—Dispensad, caballero, prosiguió el duque, ¿quién es la persona que os acompaña?
—El señor Laurain, mi secretario, á quien tengo el honor de presentaros...
—¿Y á qué debo el honor de vuestra visita, caballero? preguntó el duque.
—He venido, caballero, á vuestra casa como magistrado...
El duque hizo un movimiento.
—¿Como magistrado? dijo.
—Sí, señor. Sabréis quizás que he

vuelto á entrar en la carrera judicial. Perteneczo á los tribunales de París. Soy juez de instrucción...
El duque tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer tranquilo.
—En efecto, caballero, dijo con cierta ironía, vuestro pasado ha debido servirlos. Habiendo caído el imperio, la república ha debido recompensar á un hombre cuyas ideas eran conocidas. En otro tiempo me acusasteis de haberos hecho prender. Si la cosa fuera cierta, me parece que os habría hecho un favor, porque los motivos que produjeron vuestra prisión, en los tiempos que corren, son muy á propósito para servir vuestros intereses.
El señor de Bucy-Lornáns, según se ve, continuaba siendo un gran actor y representaba su papel de un modo imperturbable.
Un destello de ira brilló en los ojos de Mimerac; pero ni un músculo de su fisonomía se agitó.
—Dejemos esto, caballero, dijo friamente. Es inútil hablar de un pasado que eno me conviene recordar... á lo menos por ahora.
El duque se estremeció. En estas palabras iba encerrada una especie de amenaza que fingió no haber comprendido.

